

LA ALEGRÍA DE LA "MUERTA" (Microrrelato, 460 palabras)

Javier Delamagana Tolosa



Image not found.

Capítulo 1

LA ALEGRÍA DE LA 'MUERTA'

Recorría aquel camino como un potro desbocado. Al volante de su Toyota Carina, y con la consciencia alterada por la cocaína como copiloto, difícil vuelta rápida se auguraba, pues su copiloto no le *cantó* la curva, y acabó abriendo el enorme portón del cementerio municipal sin ningún tipo de llave.

Eran aproximadamente las dos de la noche, y cuando se percató de dónde estaba y lo que había ocurrido, supo que el primer paso para asumir tal suceso, era volver a consumir un poco más de cocaína.

Sacó la carpeta de la póliza del seguro de dentro de la guantera, una tarjeta bancaria y un billete para utilizarlo a modo de cánula.

Mientras picaba aquel químico, alzó la mirada observando su alrededor, todo estaba oscuro y sintió miedo.

Leocadio, que así se llama nuestro destartado personaje, no solía conocer miedo ante ningún tipo de situación, la neuroquímica de su cerebro era bastante particular y ante las situaciones que a cualquiera le producían miedo, él experimentaba una especie de placer y adrenalina que no sentían ni los más amantes del deporte de riesgo.

Pero esta vez, Leocadio sintió miedo, miedo en el sentido más estricto de la palabra. Esa emoción desconocida le incomodó y trató de luchar contra ella.

Trató de no pensar en lo que sentía, fue en vano. Pero se empeñó en luchar contra esa emoción, esnifó la raya que había preparado y bajó del coche.

Se dirigió hacia las tumbas, dispuesto a matar a su miedo, y comenzó a gritar desgañitadamente:

—¡Yeeeeee! ¡Muertos! ¿Qué pasa, cómo lo lleváis?

No obtuvo respuesta, pero notó que su miedo amainaba, por lo que satisfactoriamente volvió a clamar:

—¿No estáis aburridos? ¿Queréis una raya? ¡Vaya mierda, siempre en silencio, necesitáis un poco de *marcha*!

Entonces, un montón de gemidos y balbuceos se empezaron a escuchar y mientras Leocadio trataba de discernir qué estaba oyendo, pudo ver

nítidamente un montón de espectros, todos con rostro sonriente, Leocadio no daba crédito.

—¡Muchas gracias Leocadio! ¡Ya era hora de que venga alguien con alegría! —Exclamó uno de ellos.

—¡Aquí solo viene gente a llorar, por fin un poco de cachondeo!
—Respondió otro.

Leocadio perdió el miedo por completo, pues vio que los difuntos no eran nada hostiles, a diferencia de la creencia diseñada en el imaginario colectivo.

—¡Pero bueno! ¡Qué ignorantes somos los vivos! ¡Pues a partir de ahora vendré todas las noches a alegraros!

—Pues te lo agradeceremos, Leocadio, aquí está todo muy muerto siempre.

Desde aquello, Leocadio, visita el cementerio a diario. Anima a los muertos, montan juergas nocturnas iniciadas por su locuaz humor. Mientras tanto su familia y amigos lamentan su pérdida, desconociendo la nueva festividad y alegría que provoca Leocadio en la nueva comunidad que habita.